

EL HACER METAFÍSICO

Alfredo Marcos Martínez*

Introducción y homenaje

Permítaseme empezar este breve texto, pensado como modesto homenaje a Javier de Lorenzo, por una anécdota personal. Mi padre fue periodista y filósofo. Recuerdo que admiraba a un joven intelectual, hijo del reconocido periodista Pedro de Lorenzo. Me refiero, por supuesto, a Javier. Mi padre me hablaba de las bondades de reunir en una sola mente, como hizo Javier, filosofía y matemáticas. Por esta razón teníamos en casa los primeros libros de Javier, que yo leí antes incluso de empezar mis estudios universitarios. Supongo que por entonces los leí sin entender casi nada. Pero al menos me impactó la idea del *hacer* matemático.

En pleno giro lingüístico, cuando todo era lenguaje y las matemáticas –la matemática, en singular, como gusta de decir Javier– eran poco más que un sistema lingüístico, un pensador madrileño veía esta ciencia como un hacer humano, como una praxis. Me parece que este movimiento intelectual tiene evidentes ventajas y hay que ponerlo en mérito y anticipación a la altura de las obras coetáneas de Thomas Kuhn. Una reflexión sobre las matemáticas en clave de praxis siempre será más amplia y abarcadora que una filosofía de las matemáticas como lenguaje. De hecho, la primera puede incluir a la segunda, mas no a la inversa.

Con el correr del tiempo, y por esas cosas que tiene la vida, llegué a conocer personalmente a Javier de Lorenzo, incluso a trabajar codo con codo con él en la Universidad de Valladolid (y puedo asegurar que, dado el espacio del que disponíamos en la antigua facultad, lo de codo con codo no es simplemente una forma de hablar). De este modo, he podido aprender no sólo de su decir y de su escribir, sino también y principalmente de su hacer. Tanto en el terreno académico e intelectual, como en el personal, he recibido del modo de hacer de Javier, de su *estilo*, siempre sensato, discreto, moderado y elegante, puntual y riguroso, tolerante y afable, valiosísimas lecciones.

En la estela de su movimiento hacia el hacer matemático, yo he intentado desarrollar una filosofía de las ciencias empíricas como filosofía de la actividad científica. A la luz de esta perspectiva, la ciencia deja de ser vista meramente como un conjunto de resultados expresados en enunciados y pasa a ser vista como acción humana, personal y social. Con ello, la filosofía de la ciencia cobra sin duda mayor amplitud e interés.

En el presente texto me propongo aplicar la misma perspectiva a la metafísica. Se ha hablado mucho de la supuesta superación de la metafísica, de su muerte o de su obsolescencia. Defenderé la idea de que la metafísica está plenamente vigente como un hacer empírico y aplicado, más que como un saber abstracto. Es más, en ese sentido, resulta ser actualmente una perentoria necesidad cultural.

La palabra

El término “metafísica”, como es sabido, es de origen griego y significa más allá de la física (o más allá de lo físico, o de lo natural). Fue utilizado en primera instancia, al

* Departamento de Filosofía, Universidad de Valladolid. amarcos@fyl.uva.es; www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos/

parecer, por Andrónico de Rodas (siglo I a.C.) como denominación de ciertos escritos aristotélicos, los que hoy conocemos bajo ese nombre. Lo importante, sin embargo, no es la palabra, sino la cosa. Es decir, la metafísica, llamémosle como le llamemos.

La cosa

Se trata de una investigación sobre el ser en cuanto tal, sobre su realidad y su sentido. La metafísica, es, por lo tanto, una actividad, algo que se hace, y no solo que se sabe. Tiene que ver no con lo más abstracto, sino con lo más concreto. Las ciencias construyen y emplean abstracciones, conceptos, clasificaciones, leyes y teorías. La metafísica se propone ir más allá de eso, no hacia una mayor abstracción, sino a la realidad misma y concreta.

Es cierto que para hacer metafísica conviene saber metafísica, es decir, familiarizarse con lo que otros, desde antiguo, pensaron, con la metafísica que hicieron. También es cierto que para ir a la realidad misma nos conviene la mediación de ciertos andamiajes o sistemas teóricos y conceptuales. Pero quedarse en el plano conceptual es como quedarse mirando al dedo que apunta hacia la Luna, o a la alcayata que sostiene el cuadro. Tanto la historia de la filosofía como los sistemas y conceptos filosóficos son solo instrumentos, herramientas, medios, para lograr el fin, que es hacer metafísica, es decir, investigar el ser en su realidad y sentido. Dicho de otro modo, la metafísica no es un juego de conceptos, ni un sistema de ideas, ni una esgrima de argumentos sutiles, no es una teoría ni una concepción del mundo, no es solo el horizonte de la ciencia ni su herramienta heurística. Aunque circunstancialmente pueda ser cualquiera de estas cosas, no lo es ni principal ni esencialmente.

La historia

La metafísica es la investigación de lo real en cuanto tal, por encima y con independencia de todo concepto o elucubración mental. Así fue entendida por los grandes metafísicos antiguos y medievales, como Platón, Aristóteles, San Agustín o Santo Tomás de Aquino.

Hay que aceptar que la metafísica, así entendida, es una actividad de riesgo y además inacabable. Al ir más allá de nuestras ideas y elucubraciones mentales, al intentar poner pie en el ser real concreto y dinámico, siempre podemos cometer errores, siempre podemos equivocarnos. Pero la asunción de ese riesgo tiene muchas veces como recompensa el hallazgo de la verdad y el disfrute de la belleza de lo real, de todo lo real, incluido el mundo material y vivo, la persona humana y Dios. Ahora bien, nunca tendremos un conocimiento cerrado y acabado de lo real, dado en primer lugar el carácter dinámico de lo real y en segundo lugar nuestra propia finitud y falibilidad. Por ello la genuina metafísica va de la mano de la humildad intelectual, de la actitud socrática, de la docta ignorancia, y no del orgullo de la razón.

Desde Descartes en adelante se produjo un cambio crucial de orientación, hacia la seguridad y la certeza, una retirada hacia nuestras zonas de confort, es decir, hacia lo mental. Para Descartes hay un paso de lo mental a lo real garantizado por un Dios benevolente. Pero, perdida la garantía de este puente, el resto de la metafísica moderna, a través de Kant y de Hegel principalmente, consumó la reclusión del saber en lo mental. Conocemos con certeza solo representaciones, no cosas, y relaciones entre ideas. Ganamos en certeza cuando nuestro conocimiento lo es solo de representaciones. Pero por esta vía, ganamos en certeza cuanto perdemos en verdad, en proximidad a lo

real. No es extraño que este tipo de metafísica, *ideísta*, cuando no idealista, perdiese vigor, interés y prestigio, hasta el punto de que fue desestimada por autores tan diversos como Nietzsche o Comte. Dicho de otro modo, la metafísica moderna, o metafísica de la idea, se ganó a pulso su propio desprestigio. Pero ello no implica el desprestigio de toda metafísica. Muy especialmente, no afecta a una metafísica realista, a una metafísica del ser.

En parte, el desprestigio de la metafísica se debió a ese halo de abstracción, de distancia respecto de las cosas concretas y de la vida humana, con que se fue rodeando. A esta supuesta distancia entre vida y metafísica responden los conocidos versos de Cervantes: “Metafísico estáis. Es que no como”. Y por abstracta y alejada de la vida, la metafísica ha sido tildada de disputa inacabable y huera.

Acierta Kant cuando afirma que “la razón humana tiene el destino singular [...] de hallarse acosada por cuestiones que no puede rechazar, por ser planteadas por la misma naturaleza de la razón [...] pero a las que tampoco puede responder [...] El campo de batalla de estas inacabables disputas se llama *metafísica*”¹. En efecto, la metafísica es una tarea inevitable, está en la misma naturaleza humana, es además inacabable, sí, y está siempre sometida a disputa. Tan inevitable es, que incluso las más sonoras declaraciones antimetafísicas constituyen ya una forma de metafísica, como bien han sabido los que las han formulado, desde Kant hasta Wittgenstein.

Sobre la inevitabilidad de la metafísica habla con poética precisión este verso de Fernando Pessoa: “Bastante metafísica hay en no pensar en nada”². Incluso en el intento de no pensar en nada ya hay una actividad metafísica. De hecho, el poema de Pessoa es un magnífico ejercicio de metafísica panteísta.

En lo que yerran, tanto Kant como Pessoa, es en el tono y en la intención, que es antimetafísica en ambos. La metafísica es tan inevitable como inacabable, sí, y eso no es malo, es su mejor carta de presentación. La afirmación que inaugura la *Crítica* kantiana –“la razón humana tiene el destino singular...”– recuerda sin duda a aquella otra con la que Aristóteles abre su *Metafísica*, según la cual todos los hombres por naturaleza quieren saber. Coinciden ambos filósofos en que el afán ilimitado de saber está en la propia naturaleza humana, es inevitable, a no ser por falsificación o anulación de dicha naturaleza. Y esto ha de combinarse con la conciencia de limitación y falibilidad, que nos llevará a pensar que no solo es inevitable la aspiración metafísica, sino también inacabable.

Sin embargo, en los tiempos modernos, estas características de la metafísica fueron consideradas como defectos. Especialmente su aspecto inacabable y polémico. Aparecen como defectos cuando se comparan con la certeza y el consenso que presuntamente reinan en la ciencia moderna. El prólogo a la 2ª edición de la *Crítica de la razón pura* de Kant no deja lugar a dudas en este sentido. La lógica, las matemáticas y la física han encontrado, según él, el “camino seguro de la ciencia”. La lógica desde Aristóteles, las matemáticas desde Euclides y la física desde Bacon, Galileo y Newton.

¹ KANT, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. Traducido por Pedro Ribas. Madrid: Alfaguara, 1978, p. 7 (Prólogo a la 1ª edición, A VII).

² “*Há metafísica bastante em não pensar em nada*”, en CAEIRO, Alberto (heterónimo de Fernando Pessoa). *O Guardador de Rebanhos*. Poema V. http://faroldasletras.no.sapo.pt/guardador_de_rebanhos.html#5. Consultado el 23/04/2014.

La ciencia natural encontró, supuestamente, “la vía grande de la ciencia” gracias a que “se basa en principios empíricos”³. La metafísica, en cambio, permanece en el mundo de los conceptos vacíos, sin conexión con la experiencia. Siempre según Kant.

Todas estas afirmaciones kantianas han sido desmentidas. Ni la lógica, ni las matemáticas, ni la física son empresas cerradas y acabadas, no son cuerpos de conocimiento dotados de una definitiva certeza, no lo eran en los días de Kant y no lo son ahora. Kant no vivió el tiempo suficiente como para ver rebasada la lógica de Aristóteles, la geometría de Euclides y la física de Newton, pero nosotros somos conscientes de esa experiencia histórica.

Es decir, en el plano de la certeza, la seguridad y la permanencia, la metafísica no contrasta con las ciencias, sino que obtiene los mismos registros. En el plano del consenso, sucede otro tanto. Las disciplinas científicas están llenas de polémicas, y gracias a ellas progresan. Y en el plano de la experiencia, la metafísica no le anda a la zaga a las disciplinas científicas. Kant afirma que “los pensamientos sin contenido son vacíos”⁴. En realidad, cualquier cosa sin contenido lo es. Pero no es verdad que toda metafísica consista en un juego de conceptos huecos. Sucede, más bien, que la noción de experiencia que Kant heredó de los empiristas es excesivamente estrecha y parcial. Desde un concepto más amplio de experiencia, como el que presenta Aristóteles, o los actuales pragmatistas, resulta que la metafísica está en pleno contacto con la experiencia, tiene base empírica. En este sentido amplio, la experiencia es más bien la vivencia, la totalidad de la vida. La experiencia así entendida va mucho más allá del concepto empirista de experiencia, va mucho más allá del encuentro aislado y fortuito de un ojo, supuestamente pasivo, con un haz de luz. Por ello, gracias a la experiencia en sentido amplio, la metafísica, como empresa abierta que es, puede prosperar.

La metafísica, según afirma el filósofo español Tomás Melendo, “irá ampliándose a medida que sus conocimientos se tornen más dilatados, hondos y vitales. Comenzando con la *experiencia sensible inmediata* y con la *experiencia de sí mismo* que siempre la acompaña, y entrelazándolas con lo que enseñan los *saberes de la naturaleza*, la *historia* y las demás *ciencias humanas*, las distintas *culturas*, el *arte* en general y la *poesía*, la *música*, el *trato con las restantes personas* y la progresiva *observación del propio yo* en sus reacciones *orgánicas*, *psíquicas* y estrictamente *espirituales*..., la metafísica del ser aspira a considerar todo eso como una peculiar unidad, por cuanto todo ello *es*, aunque cada cosa a su manera, y a descubrir las causas más íntimas que lo dotan de inteligibilidad y permiten orientarse en su seno”⁵. Esta es la base empírica de la metafísica del ser, la entera vivencia humana, que incluye la experiencia sensible, pero también el diálogo, el arte, la ciencia, las experiencias cotidianas y espirituales, las tradiciones, el sentido común..., la vida, en fin.

La metafísica no es, no debe ser, una huida de la vida hacia un mundo de abstracciones, sino una actividad vital, incardinada en la vida, basada en la experiencia y orientada hacia la intelección del ser y el sentido de la realidad toda. En la modernidad tardía se cometió una injusticia flagrante con la metafísica. Lo que debería haber sido

³ KANT, Immanuel. *Crítica de la razón pura*. Traducido por Pedro Ribas. Madrid: Alfaguara, 1978, p. 15 y ss. (Prólogo a la 2ª edición, B VII y ss.).

⁴ *Ibid.*, p. 93 (A 51).

⁵ MELENDO, Tomás. En torno al tema de la metafísica. *Arvo.net*. <http://arvo.net/metafisica/eliminar-conservando/gmx-niv582-con12187.htm>. Consultado el 23/04/2014. Cursiva añadida.

una crítica a la metafísica *ideísta* se convirtió pronto en un rechazo a toda metafísica posible. Sucedió esto tanto en la línea nihilista como en la positivista. Así, Rudolf Carnap, en *La construcción lógica del mundo*, de 1928, propone, tras declarar sin sentido todos los enunciados de la metafísica, proscribir de la filosofía *toda* metafísica. Y no menos injusta es la crítica de Nietzsche a la metafísica por haberse separado del mundo de la vida, cuando esto solo ha ocurrido con una determinada metafísica. Pero, tanto el nihilismo posmoderno como el positivismo en sus múltiples versiones hace tiempo que dan síntomas de agotamiento, tanto en el aspecto puramente filosófico, como en su posible utilidad para la praxis.

Actualidad

En esta situación, está brotando una incipiente tendencia a favor de la activación de una metafísica del ser. Si ha de salvarse el hacer metafísico, será bajo esta forma. Un autor de referencia, en esta línea, es Hans Jonas, y eso principalmente por dos razones. Por un lado, identifica y critica de modo convincente dos dogmas de la filosofía moderna: el dogma de que no hay verdades metafísicas y el dogma de que no hay tránsito posible del *es* al *debe*. Por otro lado, y como alternativa a estos dos dogmas, propone lo que él llama un *paradigma óntico*, donde la verdad y el deber vienen del ser y no del concepto. Este paradigma óntico es complementario con una actitud falibilista en lo epistémico.

Me extenderé un poco en ambos puntos, y para empezar en la crítica a los dos dogmas de la modernidad. Según Jonas, los dogmas modernos señalados son incompatibles entre sí desde el punto de vista lógico. Cuando afirmo que no hay camino del *es* al *debe*, estoy haciendo una afirmación metafísica, que quedaría anulada por el primero de los dogmas. Pero entre ambos hay una suerte de alianza retórica. Al aceptar el primero, me quedo con un único concepto de ser, el que procede de las ciencias y que ha sido previamente expurgado de valores mediante abstracción y por justas exigencias metodológicas. Este concepto de ser, obviamente, no permite el tránsito del *es* al *debe*, ya que excluye *a priori* cualquier valor. Al afirmar, en sentido contrario a los dogmas modernos, que sí hay verdades metafísicas, o que puede haberlas, quedamos habilitados para emprender una investigación del ser en su totalidad y concreción. A través de dicha investigación podemos llegar a saber si el ser entraña o no valores. Si la respuesta fuese positiva, quedaría abierto el tránsito del *es* al *debe* sin riesgo de falacia naturalista. Lo que es, es valioso, y el valor objetivo genera inexorablemente deberes para los sujetos. Dicho de otro modo, la nueva investigación metafísica que nos propone Jonas aporta lucidez sobre el ser y orientación para nuestra praxis. De ambas cosas estamos más que necesitados actualmente. El hacer metafísico resulta, así, empírico y aplicado.

En el planteamiento de Jonas, “la objetividad ha de venir del objeto”⁶, como también viene del objeto la llamada al cuidado que se convierte para nosotros en deber. Por ello nos habla de un paradigma óntico: “No es el deber mismo el sujeto de la acción moral, no es la ley moral la que motiva la acción moral, sino la llamada del posible bien-en-sí en el mundo, que se coloca frente a mi voluntad y exige ser oído”. “El bien es la 'cosa' en el mundo”⁷.

⁶ JONAS, Hans. *El principio de responsabilidad*. Traducido por Javier M. Fernández. Barcelona: Herder, 1995, p. 215.

⁷ *Ibid.*, p. 153.

Al emprender la investigación metafísica en la línea de un paradigma óntico, salimos de nuestra zona de confort mental y aceptamos en consecuencia el riesgo del error. Por ello, la actitud de Jonas es claramente falibilista.

Conclusión

En resumen y conclusión, desde mi punto de vista, tiene todo sentido, interés y actualidad el implicarse en la investigación metafísica, siempre que se trate de una metafísica del ser y no de la idea o del lenguaje (al estilo de la metafísica analítica). Entiendo por metafísica del ser aquella que reconoce la primacía de la realidad sobre el concepto, así como el carácter dinámico, creativo y plural de la propia realidad.

El hecho de que la realidad sea plural, dinámica y creativa, el hecho de que no pueda ser totalmente reducida a conceptos –“*There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy*”, escribió Shakespeare en su *Hamlet*– no indica que no sea inteligible. Se trata, en efecto, de una realidad plural, en la que coexisten muy distintas entidades, diferentes formas de ser. Un color, un número, un personaje de ficción, un rayo, una montaña, un organismo vivo, una persona humana, Dios..., todos estos entes *son*, y cada uno a su manera. Pero todas las formas de ser están relacionadas analógicamente. Así pues, el ser que estudia la metafísica no es un mero equívoco, es una realidad plural pero inteligible. Por otra parte, los entes están relacionados mediante conexiones causales, tanto eficientes como finales. Digamos que cada ser y la realidad en su conjunto probablemente tengan un sentido, por más que nos resulte difícilmente accesible y expresable. Todo ello hace que la labor investigadora en metafísica sea factible y tenga, a su vez, sentido. Ahora bien, nuestro conocimiento de la realidad nunca será perfecto y definitivo. Será siempre perfectible y dinámico, será siempre un *quehacer*. Por eso, una metafísica del ser apunta tanto hacia una ontología pluralista como hacia una epistemología falibilista.